

Juan Cabrera, un lanzaroteño de corazón venezolano

MARÍA JOSÉ LAHORA

La historia de Juan Cabrera, de 85 años de edad, es la de muchos otros lanzaroteños que se vieron obligados a cruzar el océano en busca de un futuro mejor, algunos en embarcaciones regulares de línea y otros en balsas donde se embarcaban centenares de isleños exiliados, sin papeles y sin contrato en origen que se vieron obligados a abandonar su tierra ante la llamada de la prosperidad.

Juan fue de los primeros, de los que viajaron de forma regular a una Venezuela donde ya se había asentado una amplia colonia de canarios. Sabían de otros vecinos que habían prosperado o, al menos, contaban con trabajo para enviar dinero a casa. Juan dice que emigró a Venezuela por amor, para poder ofrecer un futuro a la moza con la que deseaba contraer matrimonio. Enviado con la que después sería su mujer, Margarita, se lamentaba de no disponer de nada que ofrecerle para emprender una vida juntos y formar su propia familia. El único camino era poner rumbo a la que hasta poco era llamada octava isla.

"Tuve que emigrar porque aquí no había nada de nada. Me eché una novia en Teseguite y me dije: '¿qué hago yo con esta mujer? O me voy para África o para donde sea'. De esta forma, nada más volver del acuartelamiento de aviación, a donde marchó un año de forma voluntaria, se fue a Venezuela. A los nueve años de estancia en Latinoamérica pudo regresar para casarse y llevarse consigo a su esposa. "Mi mujer se enamoró de aquello y ya sí que no quería volver para Lanzarote", dice.

Juan pasa sus días ahora en el campo, en los terrenos de su propiedad en Mozaga. Hace su propio vino, con sus viñas de malvasía volcánica. Cuida de unas hermosas plataneras y siembra cereales y hortalizas para consumo propio. Dice que las verduras las tiene que regalar, porque no da abasto con tantos productos que le reporta la tierra.

La agricultura fue la que le permitió, en Venezuela, levantar su propio negocio como mayorista en el Mercado Mayor de Coche de Caracas: "Era distribuidor de verduras y frutas a los supermercados, disponía de hasta cinco camiones". Pero,

Este vecino de Mozaga emigró a Venezuela por amor buscando labrarse un porvenir. La estancia duró 42 años



Juan Cabrera en su finca de Mozaga, donde disfruta plácidamente de su vejez. Foto: Adriel Perdomo.

aunque no tenía que arar, sembrar y recolectar los cultivos, su trabajo no era cómodo. "Me levantaba todos los días a las doce de la noche. Antes de las siete de la mañana los camiones ya tenían que salir para su destino". En cuanto llegaba la mercancía del campo, la selecciona y preparaba para su reparto. Allí ya se encontraban emprendiendo otros muchos paisanos. "Nos queríamos más que cuando estábamos aquí porque éramos como una familia", recuerda. La comunidad lanzaroteña

celebraba parrandas en diciembre como si continuara las tradiciones de la Isla. Juan se encontraba como en casa. "Volví a Lanzarote porque hice la promesa de regresar", comenta.

En su primer intento de volver a la Isla que le vio nacer regresó solo, pero su mujer no lo tenía tan claro, tuvo que volver a Caracas a traerla. Dejaron allí a su hijo e hija. "El varón se quedó en Venezuela", aunque suelen volver a verse en algunos viajes. Ahora echa de menos a su hijo, al que no pue-

nia donde se especializó y estuvo trabajando. Se trajo consigo a su marido alemán y a sus dos hijos. Juan comenta de su yerno que es un enamorado de la Isla.

Golpe en Venezuela

Juan tiene grabado en la memoria el día exacto en el que desembarcó en Venezuela: "Llegué allí el 18 de enero de 1958 y el 21 ya me pegó un cogotazo uno de la Seguridad Nacional durante la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez", relata. Se había saltado el toque de queda, algo que ignoraba que estaba impuesto. A los dos días, el 23 de enero, un golpe de Estado por sectores disconformes con la política represiva del presidente le obligaron a huir del país, jornada en la que a Juan le propusieron devolverle a los de la Seguridad Nacional el recibimiento, aunque no quiso involucrarse. "Ese día, turbas enardecidas salieron a las calles, en todo el país, a celebrar la caída del régimen y a tratar de acabar con los funcionarios que se habían ensañado en la persecución política. Miembros de la Seguridad Nacional fueron linchados; otros se escondieron por largo tiempo o escaparon al exterior", rezan los historiadores.

Juan recuerda de ese golpe de Estado los grupos de estudiantes manifestándose y "los militares a palo limpio respondiéndoles". Dice que el general Pérez Jiménez tenía una visión muy ambiciosa de lo que debía ser Venezuela. Juan es de los que piensa que con las dictaduras los países prosperan, a pesar de que él tuvo que abandonar una para poder prosperar, algo que sí hizo tras la llegada de la democracia a Venezuela.

De la historia vivida en la que fuera su segunda patria comenta que vio cómo llegaba la democracia y "con ella los corruptos, aunque era un país muy rico y había para todos, para los que robaban y para los que no". Él mismo desarrolló una sólida empresa de distribución. "Luego vino Chávez y expropió todo y se acabó la prosperidad", concluye sobre la historia de residencia en el país, donde vivió 42 años, se fue con 22 y regresó a los 65. Durante los últimos años de emigrado, venía todos los años a visitar a su madre. En el aeropuerto se encontraba con todos esos "viejitos" que, al igual que él, abandonaban el país para

regresar a su tierra a disfrutar de su vejez. “Todo el que emigraba lo hacía con ilusión de labrarse un porvenir, unos lo consiguieron y otros no”, dice.

En su primer viaje a Venezuela estuvo acompañado por una docena de paisanos. Algunos ya contaban con familia en el país. Él y otros cuatro compañeros se tuvieron que buscar la vida. Tras desembarcar en La Guaira, entre los cinco juntaron los cinco bolívares que costaba el taxi hasta Caracas. Sus compañeros conocían a algunos de los mayoristas de un mercado, con tan mala fortuna que cuando llegaron ya no había nadie de los conocidos. Un caraqueño les emplazó a acudir a otro mercado, el de Quinto Crespo, pero en horario laboral, es decir, de madrugada. Quedaron impresionados por las dimensiones: “Aquejillo era como veinte fanegas de tierra”. No en vano, era el mercado que distribuía para todo el país.

Los primeros trabajos que desempeñó eran de domingo a domingo. Con el tiempo, el mercado comenzó a cerrar los domingos y por fin contaba con un día libre. Salían los sábados

a disfrutar de alguna “fiestita”. “Los mejores días de mi vida los pasé en Venezuela”, comenta con nostalgia. “El venezolano es muy cariñoso y nos acogió muy bien”, dice. Por ese entonces, era socio de todos los clubes: canario, gallego, asturiano... “Si no te gustaba uno te marchabas a otro”, recuerda.

Antes de optar por la emigración, Juan intentó labrarse ese porvenir en España. Viajó a Requena (Valencia) para realizar un curso de maestro bodeguero, pero a los ocho días se dio cuenta de que no era lo suyo. Insiste en que no le gustaba el campo. De ese viaje cuenta una anécdota tras pasar una noche en Valencia a la espera de embarcarse a la mañana siguiente rumbo a Lanzarote. Tenía reservada una cama en un hospedaje de la ciudad, pero llegó tarde en tranvía que ya se la habían dado a otro. Optó por dormir en la estación del tren, pero alguien le dijo que no podía, que aquello también cerraba sus puertas. Ese buen samaritano le buscó un hotel con ascensor. Era la primera vez que subía en un elevador. “Yo no hacía más que mirar al tipo, que era bajito,

to, con el temor de que me fuera a robar o hacerme algo”, dice riendo. Pero nada más lejos, le llevó hasta la planta del hotel donde pudo pasar su última noche valenciana.

Más que anécdotas

Como quedó demostrado que no le gustaba el campo, rechazó la primera oportunidad laboral de la que dispuso al llegar a Venezuela de la mano de un amigo de La Vegaleta. Empezó entonces a trabajar en el mercado. Cuenta otra anécdota de esa época: “A los meses, me robaron la carretilla y me montaron un pleito porque me la dejé hurtar”. Ni corto ni perezoso, compró una nueva y decidió abandonar ese puesto. Trabajó también con otro conocido de Conil con el que ya había compartido vivencias en el cuartel de aviación. Entre los dos compraron una cama que compartían, uno de día y otro de noche. Sin embargo, la fortuna quiso que Juan acabara también encontrando un trabajo diurno y le propuso días alternos para disfrutarla: “Un día duermes tú y otro yo”, dice que le comentó. La respuesta del amigo fue se-

rrar la cama para partirla por la mitad: “Ya se acabó el problema”, le dijo.

Cuando alcanzó la edad de 65 años decidió que ya no trabajaría más y dejó propiedades, negocio y camiones en manos de su hijo antes de regresar a Lanzarote. Contaba también con una finca de naranjas. Ahora el ambiente se presenta más complejo para sus descendientes. Su hijo pudo estudiar y es ingeniero y está casado con una abogada, hija de un instructor y coronel de aviación venezolano. Asegura que ellos no se meten en política, aunque le transmiten la difícil situación que vive el país, donde solo los que cuentan con salvoconducto pueden disponer de combustible sin esperar las colas del pueblo llano. También comenta la inseguridad vivida.

Dice que sigue igual que cuando se fue, según le cuenta su vástago. A Juan le encañonaron hasta tres veces para robarle. En la primera, era un muchacho joven. El recomienda dejarse hacer y evitar el enfrentamiento. Más de un lanzaroteño corrió su misma suerte. Ahora vive en paz en Mozaga.

“Los mejores días de mi vida los pasé en Venezuela”, dice nostálgico

“Tuve que emigrar porque en Lanzarote, en los años 50, no había nada de nada”